



1. «El rasgo»

EL pasado 16 de noviembre de 1998 fue otorgado el Premio Nacional de Historia al libro titulado *España. Reflexiones sobre el ser de España*, que recoge las conferencias de 22 académicos de la Real Academia de la Historia. Los miembros del jurado consideraron que era digno de ser premiado el loable intento de acercar al lector sus «reflexiones en voz alta» sobre el concepto de España. Nada hay que objetar a la decisión de dicho jurado, máxime si se tiene en cuenta la calidad de las conferencias y la significativa trayectoria curricular de sus autores en la investigación histórica.

Con todo, el hecho merece una breve reflexión. «El rasgo» fue el título de un artículo escrito por D. Emilio Castelar para el periódico *La Democracia* en abril de 1865. Nada tiene que ver el asunto que Castelar trataba con el que nos ocupa, pero no cabe duda de que el encabezamiento resulta aquí oportuno.

Porque hubiera sido un «rasgo» de la Real Academia de la Historia, ya que figura en la portada de la obra como Institución «compiladora», no aceptar que su libro fuera incluido entre los que optaban al premio. Es obvio suponer, cualquier ciudadano así lo puede pensar, que si el Premio Nacional de Historia quiere distinguir al mejor libro publicado en el año, a la Real Academia le debe corresponder siempre la preferencia y el honor de velar porque eso sea así o, de otro modo, que sus miembros sean los jurados preferentes. Máxime cuando en el art. 1.º de sus Estatutos se dice que aquélla debe atender «al cultivo de la Historia, para purificar y limpiar la de nuestra España de las fábulas que la deslucen, e ilustrarla de las noticias que parezcan más provechosas».

Al día siguiente de la nominación, una ilustre académica titulaba así su comentario en un periódico: «Un galardón inesperado». ¡Y tan inesperado!, como que ni ella misma, por otra parte participante en el libro, creía que hubiera podido producirse tal fallo...

Esto recuerda inevitablemente, aunque sea sólo como anécdota, lo que sucedía en muchos colegios hace ya unas décadas. En medio de una obra teatral se rifaba entre los espectadores una tarta, hecha con mucho amor —eso sí— por los cocineros o cocineras del colegio, que acababa «cayendo al escenario» —esto es, a la «organización»—, con la natural desilusión de los que habían apostado por ella.

E. A. E.

2. Chile: mañana, todo será distinto

NO entraremos en el análisis de los aspectos legales y las implicaciones éticas del procesamiento del general Pinochet. En este mismo número se ofrecen unas reflexiones editoriales.

Pero más allá de Pinochet, por mucho que esta persona haya dominado la política chilena durante su mandato y condicionado el desarrollo de una transición que no ha terminado, queremos fijarnos en Chile.

El procesamiento de Pinochet, sea cual fuere el resultado, ha reabierto serias heridas en el pueblo chileno, que sólo aparentemente estaban cerradas. No es sano que la precipitación intente cerrarlas a toda prisa y aunque sea en falso.

Ha quedado al descubierto la «transición chilena». La economía había venido marchando bien en estos años. Se había «retornado» a las instituciones democráticas. El país se había hecho dignamente presente en los foros internacionales y se alababa su desarrollo político, aun en medio de las dificultades. Pero lo que se llamaban «peculiaridades» de la democracia chilena han irrumpido inopinadamente al primer plano y han roto esa imagen. El «justicia a la medida de lo posible» del pacto del 88 pasa hoy inesperadamente unas abultadas facturas. Una cierta derecha, mucho más montaraz de lo que se suponía, ha sacado las uñas y las amenazas. Para grupos de ciertas capas sociales, numerosos aunque afortunadamente no mayoritarios, lo importante no es el derecho de todos sino los derechos propios aunque sea a costa de los derechos de los demás.

Han quedado al descubierto los pactos del 88. Para esos grupos de derecha, aceptar a regañadientes el funcionamiento de instituciones estaba supeditado a condiciones previas. Esos grupos opinan que el concepto de *recto y justo* corresponde exclusivamente a lo que ellos proponen o se

proponen. Todo lo demás, aunque lleve la etiqueta de «democrático» o «constitucional», no merece ni atención ni respeto. Según esa visión de la «derecha», Pinochet debía seguir siendo intocable, por encima de lo que pudieran decir las leyes nacionales e internacionales. Si esto no se respetaba, prevenían —y amenazaban— que se vendría abajo el plebiscito del 88 y aun la legitimidad de los actuales gobernantes.

Ha quedado al descubierto, más todavía y más para todos, la propia figura de Pinochet. Sus propios abogados defensores han venido a reconocer que Pinochet había sido el jefe supremo de la DINA y llegaban a calificar de «actos de gobierno la tortura y desaparición de personas».

El futuro inmediato no será fácil. Y el conflicto y la profunda división de los chilenos no se resolverá con griterío, atizando el fuego de la xenofobia, decretando boicoteos selectivos o exhibiendo como pretexto «razones humanitarias» para aturdir el herido orgullo nacional.

Todos los pueblos —y las personas— tenemos siempre el peligro de manipular la verdad en propio provecho. Las dictaduras en ejercicio asfixian esa verdad e intentan matarla. A Chile en este momento le ha llegado «una hora de su verdad». Le deseamos muy de veras a ese querido país que la afronte con lucidez y con decisión. Para que también allí, y especialmente en el aniversario de la declaración de los derechos humanos, nos quede claro que la verdad no se enrolla en los batallones de los más fuertes. Ni aun en los años en que han sido —efímeros— vencedores.

J. S. V.

3. Poder elegir

PODER elegir es una de las formas superiores de realización propia y de colaboración al desarrollo social. Pero, sobre todo, tiene que ver con lo primero: quien puede elegir es libre, y quien no lo puede, por la razón que sea, pues no lo es. Así, la humanidad encuentra en esta grave distinción una de sus fracturas más llamativas. Existen unos bienaventurados que dominan su propia vida, mientras otros, los pequeños del conjunto, apenas viven porque apenas eligen cómo vivir. Seguramente, casi todos los que leamos estas líneas pertenecemos al primer grupo, por limitaciones que descubramos. Es una suerte.

Ken Loach, el realizador cinematográfico de películas ya antológicas como *Lloviendo piedras* (1993), *Ladybird, ladybird* (1994) y esa dolorosa *Tierra y libertad*, del mismo 1994, nos despierta ahora con una historia radical, ilimitada en sus intenciones y dura como el granizo. La historia va de perdedores, aunque se consuma con cierto final feliz, que no lo es tanto. La película se titula *Mi nombre es Joe*. Puede que el testimonio cinematográfico más punzante y bien elaborado de este año recientemente pasado, ese 1998 dominado por los interrogantes.

¿Qué acento deseamos depositar sobre este filme y, desde él, sobre la misma vida? Sencillamente que, como afirma uno de sus protagonistas, un tal Lian, medio mezclado en drogas y con un matrimonio infeliz, la verdad es que «*algunos no podemos elegir*». Cuando se le ofrece la posibilidad de escapar del infierno, ni puede ni es capaz de hacerlo, y acaba por suicidarse. El acento, en este comienzo de año, cuando el maldito milenio avanza sobre nosotros, nadie sabe exactamente para qué, el acento muy marcado es sobre nuestras múltiples situaciones sociales de imposibilidad, de agobio total, de inferioridad de condiciones ante la vida misma, no tal vez en nuestros casos pero sí en los casos de tantos otros, ciudadanos como nosotros.

Habr , pues, que construir una sociedad diferente, en la que todos puedan elegir lo que realmente desean, más allá de reconvenciones y de coartaciones que todo lo limitan, hasta llevar a la desesperación y el hastío. Una sociedad donde los Joe de turno sean capaces de ayudar a los Lian correspondientes. Pero esto no nos será nada fácil. Porque, como sugiere Loach, las fichas est n marcadas y las vidas, ya, rotas.

Norberto Alcover

4. «El m'encuentro»

DICEN que en Sevilla a los teléfonos móviles les llaman «el m'encuentro», por aquello de que los usuarios del aparatejo no paran de utilizarlo para decir «me encuentro en el aeropuerto. Llego en tres horas», o «me encuentro en la cafetería», o «me encuentro enfrente del ayuntamiento», o «me encuentro en el autobús». Todos dando su situación continuamente como si estuvieran perdidos y pidieran auxilio. Y en realidad s  que lo est n. Lo malo es que no saben hasta qué punto.

Dudo mucho que sea necesaria esa dependencia sin pausa del teléfono para vivir. Seguro que todo, o casi, puede esperar hasta que se llegue a la oficina, a casa, o a una cabina telefónica, si la cosa urge. Esta angustiada sociedad de la prisa es sólo producto de nuestra ansiedad. La paciencia y la espera razonable ya no se lleva lo más mínimo. Antes, cuando iban a tardar quince minutos en resolver tu demanda, te decían: «vaya y tómese mientras un café». Y volv as al rato tan ricamente y relajado. Ahora estrujas ese tiempo en acercarte al banco o en hacer cualquier maldita gestión en las cercanías. Al tiempo hay que exprimirlo como si fuera un limón.

Siempre he pensado que la llamada red de comunicaciones que nos rodea tiene muy poco que ver con los sistemas de relación y s  mucho con las trampas. No estamos en una red. Hemos caído en ella, que es muy distinto. Somos seres sin ocio ni intimidad atrapados en una tela de ar a viscosa y digital salida del buche de cualquier inmundito que se est  haciendo de oro con nuestra agitación.

Si el progreso consiste en esta desmesurada ambición de omnipresencias a lo divino, en el habla continua sin decir apenas, en miles de palabras tiradas

como desperdicios en un buzón de voz, en el quebranto insufrible de no ser el primero en enterarse, o en la vanidosa esperanza de tener diez llamadas en espera, es que hemos confundido la comunicación con el desasosiego y la vaciedad. Estamos de los nervios. Nos hemos puesto el turbo y vagamos sin rumbo, pero, eso sí, a toda velocidad.

Se acabó la visita, el contacto personal, la cercanía cálida, el encuentro cara a cara. Se llama por teléfono y se cumple con la amistad, con el solitario o con el enfermo. La relación entre personas acampa en la filosofía del negocio y del cumplimiento. Se queda tan bien con una llamada que dejamos de sentirnos los unos a los otros. Ya no quedan horas para nada. Todo se resuelve desde el lugar donde «m'ancuentro». Dejar tu tecnificado rincón y marchar hacia otro sitio es asunto complejo que requiere tiempo y generosidad. Algo que hoy en día resulta casi casi contracultural.

L. U.